

La página viva

El canto de Ponge y el agua

José de la Colina

Más abajo que yo, siempre más abajo que yo, está el agua. Siempre la miro con los ojos bajos. Como el suelo, como una parte del suelo, como una modificación del suelo.

Es blanca y brillante, informe y fresca, pasiva y obstinada en su único vicio: el peso; y dispone de medios excepcionales para satisfacer este vicio: contornea, atraviesa, corroe, se infiltra.

En su propio interior funciona también el vicio: se desfonda sin cesar, renuncia a cada instante a toda forma, sólo tiende a humillarse, se acuesta boca abajo en el suelo, casi cadáver, como los monjes de ciertas órdenes. Cada vez más abajo: tal parece ser su divisa: lo contrario de excelsior.

Casi se podría decir que el agua está loca, por esa histérica necesidad de no obedecer más que a su peso, que la posee como una idea fija.

Líquido es, por definición, lo que prefiere obedecer al peso para mantener su forma, lo que rechaza toda forma para obedecer a su peso. Y lo que pierde todo su aplomo por obra de esa idea fija, de ese escrúpulo enfermizo. De ese vicio que la convierte en una cosa rápida, precipitada o estancada, amorfa o feroz, amorfa y feroz, feroz taladro, por ejemplo, astuto, filtrador, contorneador, a tal punto que se puede hacer de ella lo que se quiera, y llevar agua en caños para después hacerla brotar verticalmente y gozar por último de su modo de deshacerse en lluvia: una verdadera esclava.

El agua se me escapa... se me escurre entre los dedos. ¡Y no sólo eso! Ni siquiera resulta tan limpia (como un lagarto o una rana): me deja huellas en las manos, manchas que tardan relativamente mucho en desaparecer o que tengo que secar. Se me escapa, y sin embargo me marca; y poca cosa puedo hacer en contra.

Francis Ponge, “El agua”
(versión de J. L. Borges)

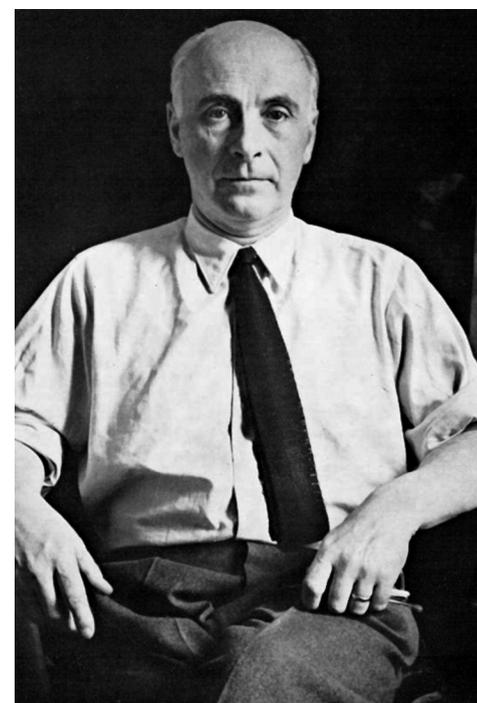
En su libro clave: *Le parti pris des choses*, que podría “traducirse” como *De parte de las cosas*, el ensayista y poeta Francis Ponge (Montpellier, 27 de marzo, 1899-Le Barsur-Loup, 6 de agosto, 1988), deja constancia de una atenta y plural interrogación a los objetos, los seres, los momentos y fenómenos de la naturaleza o de la civilización. Su escritura observa, en lo que tienen de únicos y distintos, el árbol, la puerta, el cigarrillo, el jabón, el prado, el pan, la ostra, la lluvia, para conferirles existencia virtual en la página. El proyecto literario pongiano (en ese libro y en otros: *Piezas, Métodos, La fábrica del prado*) es el de transcribir a una exacta escritura la varia realidad existente, de modo que como por sí mismos surjan ante el lector los seres, las cosas y los momentos, como si las palabras fueran semillas lanzadas al papel. Si la crítica lo ha definido “poeta de la objetividad” y Sartre lo consideraba el poeta más cercano al existencialismo, Ponge mismo se ha interrogado acerca de la posibilidad de su arte literario en un texto que tituló en inglés “My creative method”:

“¿No podríamos imaginar un nuevo modo de escritura que, situándose aproximativamente entre dos géneros, la definición y la descripción, tomaría del primero la infalibilidad, la indudabilidad, la brevedad, y, del segundo, el respeto a la presencia sensorial de las cosas?”.

Ponge adopta ¿o finge? la exactitud de la ciencia para registrar “existencias puras” y así logra poemas en prosa sin lirismo exterior ni devaneos metafísicos o ideológicos. De ello resulta una breve y discontinua enciclopedia en la cual el autor va componiendo su propio retrato a la manera de un cuadro

de Arcimboldo o de aquel texto borgesiano en el que un hombre quiere dibujar el vasto y vario mundo y al final comprueba que ha trazado su propio rostro. “La variedad de las cosas es en realidad lo que me construye”, dice Ponge. En sus textos el cambio de una palabra o de un giro sintáctico expresa un cambio de visión que a veces gira hacia la ironía y/o la fantasía. “A decir verdad —apunta Maurice Blanchot—, las descripciones de Ponge comienzan en el momento supuesto en que, terminado el mundo, acabada la historia y casi humanizada la naturaleza, la palabra pasa delante de la cosa y ésta aprende a hablar”.

Se podría decir más: Ponge, desde su canto “prosaico”, da lecciones de canto a los seres, a los momentos y las cosas, y los hace nacer en páginas como ésta, en la cual el agua fluye a través de una cadena de imágenes y símiles y adquiere vida humana aunque indirecta. **U**



Francis Ponge